

ELEVANDO LA VIBRACIÓN

por Francisco-Manuel Nácher

Sabemos que el Padrenuestro, única oración recomendada, de modo específico, por el propio Cristo, es un mantra de un poder inmenso, para limpiar y sintonizar todos nuestros vehículos, físico, etérico, de deseos y mental, con cada uno de nuestros tres espíritus, Divino, de Vida y Humano, y con la tres personas de la Trinidad, el Padre, el Hijo o Cristo y el Espíritu Santo.

Pero, además, sabemos que la primera frase del mismo, “*Padre nuestro que estás en el cielo*”, pronunciada con concentración, recogimiento y amor, se dirige como una flecha hacia la Divinidad. Es decir, nos pone en contacto directo e instantáneo con Dios, haciéndonos vibrar, no como Él, pero sí lo más elevado que nuestro actual grado de evolución nos permite alcanzar, ya que produce los mismos efectos de la adoración.

Si repetimos, pues, esa frase varias veces seguidas, con plena concentración y elevando nuestro corazón y nuestra mente a lo alto, nos daremos cuenta, no por sensaciones físicas sino internas, de que vibramos cada vez a una tasa más alta y de que nos embarga una sensación intensa, cada vez más intensa, de plenitud. Será como una especie de excursión maravillosa, cada vez más deseada y cada vez más gratificante.

Si esto se repite cada día después de o en lugar de la concentración (no olvidemos que los efectos de la oración son superiores a los de aquella), adquiriremos el hábito de elevarnos de ese modo cada mañana.

Con ello conseguiremos vibrar, durante unos minutos, lo más alto de que seamos capaces, nivel que iremos elevando cada día, de un modo comprobable, a poco que nos esforcemos en “subir” cada vez más.

Una vez logrado esto que, por supuesto, debemos repetir cuantas veces nos sea posible a lo largo del día, el siguiente paso ha de consistir, nada menos que, en tratar de quedarnos el mayor tiempo de que seamos capaces en ese elevado nivel, donde uno se da cuenta enseguida de que no llegan el mal ni el dolor ni la preocupación ni nada negativo. Ello habituará a todos los átomos de nuestros vehículos a acomodarse y a

soportar tales vibraciones y a encontrarse cómodos con ellas, llegando, prácticamente, a “morar” en las alturas de modo casi permanente.

Se produce así una corriente constante y ascendente de adoración, de nosotros hacia la Deidad, y otra, descendente, de amor, de la Deidad hacia nosotros. Corriente que, por más maravillosa y plena que sea, nos debemos apresurar a desviar, de modo automático e impersonal, hacia la Humanidad toda, y nunca reservarla para nosotros. Nuestra elevación, nuestro progreso en la evolución, derivado de este ejercicio, no ha de ser nuestro propósito, sino un subproducto maravilloso del proceso que supone adorar a Dios y orar por los demás.

La elevadísima vibración recibida y trasladada a la Humanidad acabará siendo algo familiar, entrañable, deseado y fácil de lograr. De modo que podremos, en cualquier momento y situación, elevarnos de nivel, bañarnos en esas vibraciones únicas y regresar cargados de dádivas de felicidad y de plenitud y de amor.

* * *